



DECIMAS GLOSADAS,

en las que se manifiesta los desprecios que hace una dama á todos los que la pretenden.

*Me llaman la vanidosa
me lo dicen con razon,
soy de duro corazon
y aborrezco ser esposa.*

El hermoso me incomoda
y el feo nunca me agrada,
me pone mal humorada
el oír hablar de boda:
me gusta el ir con la moda
y aparecer cual la rosa
en lo divino y preciosa,
y como nunca me abraso,
y sin amor yo me paso,
me llaman la vanidosa.

Ni el rico con su dinero
ni el pobre con su pobreza,
el noble con su nobleza
ni el airoso jornalero,
cirujano, ni barbero
me han llamado la atencion:
soy de altiva condicion,
y si me llaman veleta
y descarada coqueta,
me lo dicen con razon.

Soy terrible si me enfado,
rara vez yo me sonrio,
solo en mi se haya desvio
amores he despreciado

y de todos me he burlado.
No me mueve á compasion
las penas, ni la afliccion
ni la muerte de una amiga,
ni me irrita se me diga
soy de duro corazon.

De mi hermosura me admiro,
de mis gracias juveniles,
y á ser flor de los pensiles
en mi vanidad aspiro.
Cuando al espejo me miro
me creo ser una Diosa
y la muger mas dichosa;
pero el hombre es un verdugo,
y al ver su terrible yugo
aborrezco el ser esposa.

*Me fastidia el carpintero,
el albañil me disgusta,
el herrero no me gusta,
me incomoda el zapatero.*

Dios me libre de impresores
que sin música saber
solfean á la muger,
y son terribles bebedores.
Mas los sastres son peores,
el mejor es embustero
y de cascos muy ligero;
y por último, soy franca,
por tener en casa tranca
me fastidia el carpintero.

Grabadores y ebanistas
me disgustan porque soban,
y por lo mucho que roban
los que venden las batistas;
son solemnes petardistas
los cofreros ¡gente adusta!
¿y á quién, decidme, le gusta
el pocero que descende?
mas por lo mucho que asciende
el albañil me disgusta.

Militares y estudiantes
son entes estrafalarios;
lo mismo los boticarios
con sus mil estimulantes.

Me fastidian los cantantes
y su tono me disgusta;
el calderero me asusta,
su martillo es horroroso,
y por súcio y asqueroso
el herrero no me gusta.

Me cargan los cirujanos
por sus récipes malditos,
y aunque son muy esquisitos
los poétas, son muy vanos,
no sirven ni para hermanos.
Quien se casa con torero
espuesta está á un trance fiero,
y lo juro por mi fé,
porque gasta tirapié,
me incomoda el zapatero.

*¿Quién se enamora, señores;
de sillero ó bailarin?
me fastidia el figurin,
no me gustan los pintores.*

Largo, largo el retratista
y aunque consigue laureles,
son malditos sus pinceles
y sobre todo su vista:
vaya á un lado el papelista
y tambien los escultores,
son del vino protectores,
¿de horteras y tapiceros,
alfareros y tenderos
quién se enamora, señores?

*¿Casarme yo con belero?
¡Jesus mio! ¡qué locura!
no daré, no, mi hermosura
ni á químico, ni á huevero,
ni tampoco á molinero,
y menos á don Quintin
aunque tenga mucho din;
y ¿quién el amor provoca
no siendo sino una loca,
de sillero ó bailarin?*

Entregarme yo á un gaché
de los de faja y sombrero?...
Dios me libre, mas no quiero;
la manta y el calañés

no me place, que el parnés
solo á mi me hacen tilin,
vale mas que un serafin:
no daré nunca mi mano
á escribiente ni hortelano,
me fastidia el figurin.

Huyan de mí los marchantes,
no los quiero yo á mi lado;
los usias me han cargado
por lo tontos y arrogantes;
me cargan los sobrestantes
de riñas promovedores
y á las niñas hechan flores;
fosforeros mucho menos,
y por andar con venenos
no me gustan los pintores.

*No me agrada el aguador;
los albarderos tampoco,
el abogado muy poco
ni menos el medidor.*

Los cómicos son farsantes
y su amor es una farsa
que les sirve de comparsa:
me encocoran los silvantes
que porque van elegantes
no saludan: tallador
no se llevará mi amor,
pues parece jorobado,
y por ir siempre cargado
no me agrada el aguador.

Que se largue el espartero,
por el ojo de su aguja,
no entraré que no soy bruja:
del empenista usurero
Dios me libre, y del ratero
que me saque poco á poco
con lo que me limpio el moco,
no me gustan los bolsistas,
ni bollereros ni dentistas,
los albarderos tampoco.

Lárgensen con viento en popa
los roperos habladores
que mudos fueran mejores,
los que estirando la ropa

ganan sí para la sopa;
mas aunque se vuelva loco
no conseguirá tampoco
paróla el procurador,
ni el que sea embajador,
el abogado muy poco.

Aun lado vaya el droguero
pues que tiene por quintales
venenosas é infernales
mil drogas; el peluquero
se tiene por caballero
y se cree que es un señor;
me carga hasta el contador
y el ambicioso empleado,
no me gusta ei que es criado
y menos el medidor.

*Es atroz el sartenero,
es el colegial muy pillo
y tambien el monaguillo,
sobre todo el confitero.*

Con achaque de vender
los pícaros carniceros
engañan los marrulleros
á la mas pobre muger:
es cosa digna de ver
saltar á un titiritero,
tocar á un panderetero,
y diré yo con razon
al oír el fatal son,
es atroz el zartenero.

El albeitar no me place
ni el asistente tronera,
ni el que siendo calavera
en deshacer se complace
la paz, aunque le amenace
algun terrible sustillo;
del amo de un ventorrillo
en mi vida yo me fio
ni tampoco me confio.
en el colegial muy pillo.

Largo, largo el sacristan,
no me gusta su solfeo...
ni su mugriento manteo,
siempre está, dilin, dalan,

4

los difuntos es su afán;
de los santos el cepillo
humilde limpia el polvillo;
mucho me carga el cerero,
lo mismo el sepulturero
y tambien el monaguillo.

Y por último, señores,
el arquitecto me apesta

y el músico me molesta;
mucho valen mis amores
que son bellos cual las flores
por esos darlos no quiero,
al gallego barrendero,
el enterrador me asusta,
el que es nécio me disgusta,
sobre todo el confitero.

CASAMIENTO DE LA DAMA.

La que á todos desdeñosa
altamente despreciaba,
pues tambien era orgullosa,
presumida y vanidosa,
antes de un mes se casaba.

De los novios el peor
dicen que á escojer llegó,
y en manos de un tundidor
aquella orgullosa flor,
asegurán que cayo.

Tundidor era el esposo
y jamás lo desmentía;
era atroz, era celoso,
y la daba cariñoso
una tunda cada dia.

Y al sacudirla gritaba:
luce, luce tu orgullito;
y sin razon la pegaba
y á la pobre la insultaba
con un cierto señorito.

Que en su casa cierto dia
enseñándola encontró
una polka, ¡que alegría!
que con grande maestría,
al poco tiempo aprendió.

Pero celoso el marido
entre los dos se interpuso,
y de tranca prevenido
de color muy encendido
á los dos el cuerpo puso.

A la esposa la ofreció
enseñarla, lo jurára,
y en breve instante se vió
que á bailar tanto aprendió
que al mundo entero admirara.

En cada felpa aprendia
nueve figuras y pases;
cuantas veces sacudia
otras tantas advertia
que variaba de compases.

Y daba saltos mortales
por evitar la leccion,
y hubiera dado mil reales,
que eran los golpes fatales,
por acabar la funcion.

Tantas veces á su son
la hizo saltar y brincar,
que enfermó del corazon
y concluyó su ambicion
y al hospital fué á parar.

Con la mayor caridad
el hospital la acogió,
y aunque halló mucha bondad
avanzó la enfermedad
y la orgullosa murió.

¿Sus ilusiones dó fueron?
¿Dó su vanidoso encanto?
¿Dónde están? Dó se escondieron?
De sus gracias ¿que se hicieron?
están.... en el Campo Santo.

CARMONA.—1856.

Imprenta de D. José María Moreno, Descalzas, núm. 1.